

---

---

JESÚS MARCHAMALO

PREGÓN

*DE LA*

**XLIV**

***FERIA*** *DEL*

LIBRO ANTIGUO Y DE OCASIÓN



MADRID, 2022

---

---



*A Javier Goñi, nuestro amigo.  
In memoriam.*

**A** CERCAOS, paseantes, autoridades, compañeros y amigos, librereros y libreras, curiosos, despistados, porque hoy, tras dos años de espera, inauguramos la añorada Feria del Libro Antiguo en Recoletos. Y no podemos estar más felices.

Venid los compradores, venid coleccionistas y lectores, venid quienes buscáis un libro, o quienes queréis que sea un libro el que os encuentre, dejad por un momento vuestras ocupaciones y acudid porque vuelven a estar los libros, tentadores, en la calle.

Pero permitidme que, antes de nada, dé las gracias a la Asociación de Libreros de Lance de Madrid. Es para mí un honor estar hoy aquí, rodeado de tantos amigos, y junto a mi admirado Alberto García Alix –el autor del cartel–, como pregonero de la deseada 44 edición de la feria. Y digo ‘la deseada’ porque hace dos años ya que me propusieron dar este pregón que se ha ido demorando por las circunstancias que todos conocemos; estos tiempos insólitos y oscuros de los que, por fin, parece verse la luz al final del túnel.

---

---

Y una de las pocas cosas buenas que ha tenido la pandemia, tal vez la única cosa buena, es que nos ha hecho cobrar conciencia de lo que verdaderamente nos importa: estar con los amigos, pasear, salir al campo, ir al teatro, a un concierto y, desde luego, venir a Recoletos en primavera y recorrer las casetas de la feria.

No sabéis, librerías y librerías, lo que os hemos echado de menos estos años, y no sabéis lo felices que nos hacéis volviendo. Así que, bienvenidos. Y gracias por estar aquí de nuevo.

Me preguntan a menudo –debe ser cosa de la edad– por mi primer contacto con los libros. Y mi primer recuerdo de lecturas, borroso como un cristal esmerilado, tiene que ver, de niño, con el mueble del salón de casa de mi madre. Un mueble de madera color miel, que ocupaba una de las paredes, casi del suelo al techo, y del que por la noche salían dos camitas plegables a los lados. Se retiraba la mesa del comedor –que también se plegaba–, se sacaba una alfombra, dos lámparas de pinza, y en invierno unas mantas del armario. Y allí dormíamos, dormimos durante años, mi hermano Pedro y yo.

Había en aquel mueble una vitrina donde se guardaba esa parte escogida de la vajilla que había en todas las casas: tazas de loza, un par de ensaladeras que no recuerdo haber usado nunca, una figura de Lladró y media docena de copas de plata Meneses con las que brindábamos en Navidad con sidra. Al lado de la tele y forrado de espejos que reflejaban hasta el infinito unas rechonchas copas de brandy; el mueble bar, donde hubo siempre –yo creo que caducada– una botella de Espléndido Garvey, y

---

---

otra de anís El mono, o Machaquito. Y arriba, una balda para libros.

En esta balda estuvieron durante años, enmarcadas, nuestras fotos de comunión, un hórreo de madera que alguien trajo de un viaje; y un par de candelabros que se fueron quedando arrinconados cuando, con los años, fuimos teniendo libros.

Porque mi madre, que no era una gran lectora –viuda, con dos hijos pequeños a su cargo, no tuvo tiempo nunca para ella–, vivió siempre con el convencimiento, la certeza, de que la lectura era la garantía de un futuro mejor para nosotros. Así que nunca en casa se nos escatimó un libro y, de hecho, una parte significativa de los regalos de Reyes, cumpleaños y enfermedades infantiles era reiteradamente previsible: aprobabas la Física y te regalaban un libro, era tu santo y te regalaban un libro, tenías una tos, un dolor de garganta, unas décimas, te vestían un esquijsama, te daban una aspirina disuelta en una cucharada de agua con azúcar, y te compraban un libro en la papelería de Mari, en la calle del Espíritu Santo.

Así, gran parte de mis lecturas de infancia las asocio al tacto abrigador de las sábanas y a esa certeza indolente, casi morbosa, de que mientras nosotros estábamos en casa, consentidos, nuestros compañeros, en el colegio, luchaban con el sopor de aquellas clases plúmbeas de tiza y encerado: los afluentes y subafluentes, los Reyes Godos, la Guerra de las Galias... Hace años, Sergio Pitol, el escritor mexicano, me contó cómo él mismo, de niño, aquejado de unas fiebres difusas, de esas innominadas, vivió casi dos años con su abuela en una enorme casa con

---

---

jardín, leyendo todo el tiempo, y sin otro contacto con el mundo que los sonidos que le llegaban, indescifrables, desde el otro lado del muro. Y me habló de su decepción cuando, por fin, los médicos le dejaron salir, y se encontró con este mundo nuestro, un poco gris y opaco para alguien que venía –como él– de navegar por los procelosos mares del sur, enfrentándose a piratas y corsarios.

“*La maldición de quien no lee*”, dijo una vez Houellebecq, el excéntrico y despeluchado Houellebecq, “*es que tiene que conformarse con la vida*”. Y qué les voy a contar de la vida que no sepan.

Eran libros, esos de Mari, de aquella colección, Clásicos infantiles de Bruguera, mitad texto y mitad dibujos, y que tenían en el lomo los retratos de los protagonistas. En esa colección leímos *Ivanhoe*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Genoveva de Brabante*, *Ben Hur*, *Los tres mosqueteros*...

Historias que leíamos y releíamos y que prestábamos a nuestros amigos a cambio de los suyos: *El correo del zar*, *Cinco semanas en globo*, *La flecha negra*... Eran libros que pasaban de hermano a hermano y que, cuando la edad dejó de hacerlos deseables, acabaron en casas de primos, vecinos, hijos de amigos... ¿Dónde estarán?, me pregunto de vez en cuando con nostalgia. Qué habrá sido de esos libros llenos de espadachines y aventuras en los que, por la noche, leyendo, depositábamos nuestros sueños infantiles.

Hace un par de años, cuando visité su biblioteca, vi que Antonio Muñoz Molina tenía uno de esos libros en la mesa de su escritorio. Me contó que lo había rescatado la noche anterior de un contenedor, y que también a él le

---

---

traía recuerdos, dulces como algodón de feria, de cuando era niño y leía también, lo mismo con anginas o catarro, los libros de la colección Clásicos de Bruguera.

Porque hay algo de los libros que queda para siempre en nosotros: el aroma de dónde los leímos, si era invierno o verano, si hacía sol o llovía... Hay librerías, amigos, ciudades, viajes que asocio con un libro: unas vacaciones en el norte, junto al mar, a las que me llevé *Canciones*, de Bertolt Brecht; un verano en el pueblo, a la solana, con un libro de Chejov, o aquel viaje a Cuenca, con diecisiete años, en el que leí deslumbrado *Cien años de soledad*...

Alguna vez me han preguntado por mi libro fundacional, determinante, y nunca he sabido qué decir. Pero sí que en aquel viaje con mochilas y tiendas de campaña, en uno de aquellos trenes sucios que, como en la canción, iban hacia el norte, nació la idea descabellada, insólita y absurda para un chaval de barrio como yo, de ser escritor.

Muchos años después, y a través de una amiga común, le hice llegar al Gabo un ejemplar de una de sus novelas para que me lo firmara. Y unos meses más tarde, tras decenas de azares, me llegó 'bendecido', como le gustaba decir, con una dedicatoria en la que escuetamente se leía, y se sigue leyendo: "Para Jesús, ¡Jesús!".

Eran aquellas de infancia, de juventud, lecturas desordenadas, caóticas, llevadas por el azar, por el capricho. Recuerdo la colección Libro amigo y la trilogía de *La Fundación*, de Asimov; recuerdo los libros de RTV, de Salvat, donde leí *La busca*, de Baroja, y a Dostoievski, *El jugador*; y recuerdo los libros de Alianza, con aquellas

---

---

cubiertas impactantes, a veces tenebrosas de Daniel Gil, que forrábamos, pudorosos, con papel de periódico para que no se supiera lo que estábamos leyendo: Maupassant, Boris Vian, Salinger, Poe...

Digo que eran lecturas caóticas porque no teníamos a nadie –más allá de algún amigo lector, algún librero– que nos indicara un mínimo orden de lectura, que nos sugiriera un título o un autor, de modo que cada libro que conseguía deslumbrarnos lo vivíamos como un hallazgo. Descubrimos a Borges, descubrimos a Kafka y a Karen Blixen y sus *Cuentos de invierno* en aquella edición de Alfaguara, violeta y gris, que diseñó Satué. Descubrimos a Hesse y a Cortázar, a Laforet y a Zúñiga, a Camus, y es una sensación que pocas veces hemos vuelto a vivir, pero que es mágica: descubrir a un autor, enamorarse, tiene siempre algo de revelación.

Hace cinco o seis años, entrevisté a David Trueba, y me habló de uno de sus escritores favoritos, Bohumil Hrabal: “Se suicidó”, me dijo, “el mismo día que nació mi hija Violeta”.

Yo no le había leído, creo que ni siquiera me sonaba, y descubrí a Hrabal maravillado –*Yo serví al rey de Inglaterra, Una soledad demasiado ruidosa, Trenes rigurosamente vigilados...*–, tanto que recuerdo haber llegado un día a la radio entusiasmado: “¡Tenéis que leer a un escritor checo que acabo de descubrir!; Hrabal, es una maravilla”. Y recuerdo las miradas de condescendencia, porque todos habían leído a Hrabal y le admiraban, menos yo que como en la canción de Les Luthiers, había hecho el descubrimiento, sin saber que ya estaba descubierto.



---

Hablaba de Cortázar porque hubo un tiempo en que todos queríamos ser Cortázar: nos levantábamos por la mañana, y todavía soñolientos, en pijama, corríamos al espejo del baño para ver si se había obrado el prodigio. Aquel Cortázar fantaseado, de barba rala, escasa, que vivía en el París de las mañanas blancas, como de fluorescente, y que hablaba francés con afiladas erres guturales. El Cortázar de pelo negro, alborotado, gafas de pasta oscuras, insólitamente alto: “El profesor Largázar”, le llamaban sus alumnos muy atinadamente cuando, de joven, dio clase en la Universidad de Cuyo.

Decían que tenía una enfermedad en la piel que le impedía envejecer. ¿Se imaginan? Una enfermedad que le condenaba a parecer eternamente joven. Tanto que cuando fue a verle a París su amigo Carlos Fuentes, con quien sólo se había tratado por carta, le vio tan aniñado, tan jovial, que pensó que era un adolescente.

–*Venía a ver a tu papá*, le dijo.

A lo que Cortázar, divertido, le contestó.

–*Pasá Carlos, que mi papá soy yo*.

De Cortázar leímos todo o casi: *La vuelta al día en ochenta mundos*, *Historias de cronopios y de famas*, *Último round*, *Deshoras*, *el Libro de Manuel...* Y *Rayuela*. Aquel libro que era como una biblia, un credo, una bandera, y que leímos atolondrados, sin saber si al final lo habíamos entendido. Porque hay algo en los libros, en esos decisivos, que se resiste a la comprensión, una parte de incógnita y misterio que es, a veces, lo que resulta revelador.

---

---

Pienso en esa parte de nuestras vidas que hemos ido construyendo con libros: el entusiasmo Sebald, el rapto Iburgüengoitia, el arrebató Walser –llegué a tener todos sus libros, que publicó Siruela–; hubo un otoño Brodsky y un fervor Kapuscinski, un largo viaje Chirbes y otro Natalia Ginzburg... E impresiona saber que todos esos libros, los que nos han construido, deslumbrado, todos los personajes de los que nos hemos, perdidamente, enamorado, los versos que aprendimos de memoria –“*Me moriré en París con aguacero, un día del cual tengo ya el recuerdo*”– están aquí, en las casetas de esta feria del libro.

Recuerdo, hace años, a un crítico amigo que se había ido a vivir a otra ciudad, y que había tenido que deshacerse de buena parte de su biblioteca. Y me contó que, cada vez que pasaba por delante de la caseta donde estaban sus libros, viendo los lomos en las estanterías, tenía la impresión de estar en casa. Algo así nos ocurre a todos nosotros, víctimas felices y gustosas de ese don de los libros de viejo, que traen con ellos el recuerdo de lecturas pasadas pero también la visión, casi mágica, de los libros que leeremos, porque nunca se sabe exactamente si eres tú quien encuentra los libros o son ellos los que, de alguna manera extraordinaria, te encuentran a ti.

Quiero ir ya terminando para no robar más tiempo a los lectores impacientes que están ya deseando perderse en las casetas de la feria. Pero me van a permitir que me detenga en el recuerdo de tres inmejorables amigos: Almudena Grandes, Ángel Guinda y Fernando Marías, tan queridos los tres, y a quienes recordaremos cada vez

---

---

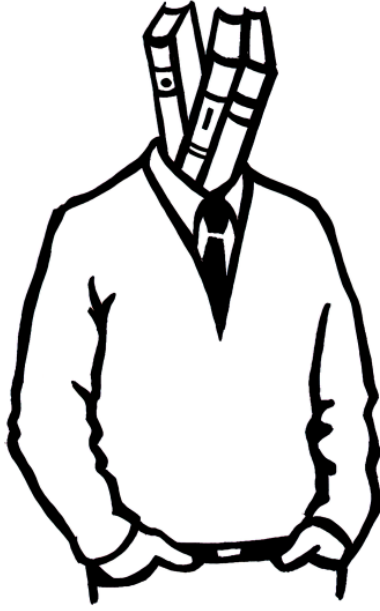
que en los tableros encontremos algunos de sus libros. Es el milagro de la literatura.

También tengo un recuerdo especial para Eduardo Arroyo, genial y generoso amigo que, hace años, me regaló el lector con sombrero que he elegido como viñeta de este pregón. Recuerdo que le hice una entrevista unos meses antes de que muriera; le visité en su estudio, y me enseñó un folio en el que había anotado todos los libros que quería releer: *David Copperfield*, *La Iliada* y *La Odisea*, *Ana Karenina*... Me conmovió ese apego a la lectura, a esa otra vida nuestra de ficciones a la que volvemos, con constancia, desde niños: la del Doctor Zhivago, Jane Eyre o Sherlock Holmes; la de Gatsby, Alicia y Fortunata; la de Poirot, Don Juan o Montalbano; la de Azarías, Pascual Duarte, Ana Ozores, Pedro Páramo o Robinson Crusoe...

Cuando murió Arroyo, lo primero en lo que pensé fue en esa lista de libros que se había propuesto releer, y deseé que hubiera conseguido completarla, como quien vuelve a casa, a los sueños de infancia y a los libros de Mari que leímos en las camas plegables del salón.

Todos esos libros que están seguro aquí. Ojalá seamos capaces de encontrarlos.

Muchas gracias.



*Ilustración: Damián Flores*

## HAN PRONUNCIADO EL PREGÓN EN AÑOS ANTERIORES

GREGORIO MARAÑÓN MOYA. I	XXIII. JUAN MANUEL BONET
FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES. II	XXIV. MANUEL VICENT
JULIO CARO BAROJA. III	XXV. LUIS GARCÍA MONTERO
FRANCISCO UMBRAL. IV	XXVI. MIGUEL GARCÍA-POSADA
CARMEN CONDE. V	XXVII. ANDRÉS TRAPIELLO
CAMILO JOSÉ CELA. VI	XXVIII. JUAN BONILLA
ANTONIO GALA. VII	XXIX. JAVIER GURRUCHAGA
PEDRO LAÍN ENTRALGO. VIII	XXX. EDUARDO ARROYO
RAFAEL ALBERTI. IX	XXXI. IAN GIBSON
LUIS CARANDELL. X	XXXII. EMMA COHEN
JOSÉ GARCÍA NIETO. XI	XXXIII. ELVIRA LINDO
ANTONIO MINGOTE. XII	XXXIV. JAVIER RIOYO
FERNANDO LÁZARO CARRETER. XIII	XXXV. ENRIQUE MÚGICA
RICARDO GULLÓN. XIV	XXXVI. JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD
FRANCISCO AYALA. XV	XXXVII. FÉLIX DE AZÚA
RAFAEL CONTE. XVI	XXXVIII. FERNADO SAVATER
FRANCISCO NIEVA. XVII	XXXIX. GRAN WYOMING
ANTONIO BONET CORREA. XVIII	XL. JOSÉ ESTEBAN
LUIS ANTONIO DE VILLENA. XIX	XLI. BELÉN GOPEGUI
JUAN VAN-HALEN. XX	XLII. CARLOS GARCÍA-ALIX
CARLOS BOUSOÑO. XXI	XLIII. MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ
LUIS ALBERTO DE CUENCA. XXII	



SE HAN IMPRESO DE ESTE  
PREGÓN DE LA XLIV  
FERIA DEL LIBRO ANTIGUO Y DE OCASIÓN,  
DOSCIENTOS CINCUENTA EJEMPLARES NUMERADOS.

EJEMPLAR NÚMERO:

ASOCIACIÓN  
DE LIBREROS DE LANCE DE  
*M A D R I D*